

Puntos de convergencia

Cayetano Bourbonnais S.S.S

Es preciso insistir en que, en nuestra visión panorámica de lo que se debe a los intelectuales católicos laicos, tal como se desprende de nuestros dos artículos anteriores (SIC, números 288, 289, págs. 373-76, páginas 442-45), no hemos intentado hacer historia; sencillamente nos hemos esforzado para seguir las grandes líneas de la presencia de los laicos, pero a base de hechos escogidos entre centenares y a base de algunos de los escritores más destacados.

Sin embargo, nos quedaríamos a mitad de camino si, después de nuestro contacto con una cierta experiencia, no tratáramos de reducir los fenómenos señalados a algunas tendencias fundamentales que explican un poco no la aparición del fenómeno, sino, hasta cierto punto, la forma como se presenta a nuestros ojos. Es lo que intentaremos en este artículo, indagando los puntos en que convergen generalmente los intelectuales católicos.

Valoración de la libertad

La Iglesia no ha descubierto la libertad en el siglo XX. La afirmación de la libertad del hombre ha sido siempre una de sus posiciones más firmes y más repetidas. No hubo sistema filosófico o teológico cristiano auténtico que no pusiera como centro de su antropología la libertad del hombre. Sin embargo, las condiciones nuevas impuestas al cristiano desde el Renacimiento y muy particularmente en nuestros tiempos, por una parte, y por otra la promoción del laico en la Iglesia, han llevado a considerar la libertad como una problemática nueva. La libertad que la Iglesia siempre ha reivindicado es la libertad constitutiva de la persona, la libertad del cristiano frente a todas las fuerzas de opresión que lo asaltan desde fuera, y, sobre todo, la libertad —que es más bien libertad de proyecto— frente a todas las fuerzas del mal que lo tratan de esclavizar.

Ahora bien, el ejercicio de la libertad para un laico católico se extiende a dos campos (con sus respectivas exigencias): Iglesia y mundo.

Dentro de la Iglesia el laico descubre poco a poco —ayudado por la misma jerarquía— su estatuto de adulto. Ser adulto es normalmente ser maduro, ser libre. Libre dentro de la Iglesia: he aquí la nueva mentalidad. Pero libre de verdad, no libre para imitar de lejos a los sacerdotes, sino libre de vivir tan intensamente el mensaje del Evangelio que pueda adoptar expresiones nuevas en el pensamiento y en las costumbres.

Inmediatamente conectada con la anterior aparece una segunda zona: la libertad del mundo. Ser libre,

o sea, escoger, inventar, decidir por su cuenta, iluminados por la fe, las opciones que parecen más convenientes en el mundo profano.

Los intelectuales laicos se parecen todos (salvo algunas pocas excepciones más aparentes que reales) en su pasión por la libertad. Libertad en todos los sentidos. A partir de León Bloy y de Péguy hasta Bernanos y los periodistas actuales: Mauriac, J.-P. Dubois-Dumée, Henri Fesquet, Georges Hourdin, pasando por los filósofos Maritain, G. Marcel, J. Lacroix, etc., todos reclaman con unanimidad el derecho de hablar, sin negar sus limitaciones. Este tema, siempre candente y delicado, fue el objeto de una semana de los intelectuales católicos franceses (ponencias publicadas con el título: "La Iglesia y la libertad", edición española, 1961).

El P. Congar explica cómo esta puesta en evidencia de la libertad, dentro de la Iglesia, se debe normalmente a los laicos y no tanto a los teólogos y sacerdotes. Por definición, por misión y ocupación, éstos son hombres de la Tradición, mientras que los laicos, "situados en la sutura entre la Iglesia y el mundo...", deben ser y sentirse más libres que los clérigos entregados a la teología propiamente dicha".

Apego a la Iglesia de Cristo

El segundo denominador común que marca a la casi totalidad de los verdaderos intelectuales católicos laicos es una adhesión sin reticencia a la Iglesia de Cristo. Y no a una Iglesia en el aire, meramente espiritual, no, a la Iglesia Católica Romana, santa por esencia, pero compuesta de miembros pecadores. Podríamos coleccionar una antología hermosísima con los dichos de los laicos que piensan como Claudel, que "de la Iglesia lo han recibido todo", o que no vacilarían en absoluto en aceptar esta profesión de fe de Bernanos: "que hable el Papa, y seré el primero a someterme". "Yo no viviría cinco minutos fuera de la Iglesia; si se me echara de ella, volvería en seguida, descalzo, con traje de penitencia, con una soga al cuello, en fin, bajo cualquier condición que se le antoje imponerme." (Citado por Balthasar, "Un chrétien", p. 77).

Pero, paradójicamente, este amor profundo a la Iglesia va acompañado casi siempre con una cierta distancia con la jerarquía y lo humano de la Iglesia. Por ser laicos y, por lo tanto, menos comprometidos en las estructuras administrativas de la Iglesia, hacen más fácilmente que los sacerdotes la distinción entre la jerarquía y la Iglesia en sí. (Repetimos que hablamos

aquí de los intelectuales y no del pueblo, que, al contrario, identifica jerarquía e Iglesia.)

Ha sido el drama de casi todos: un amor entrañable y total a la Iglesia, y el dolor de ver tan claro los pecados de sus miembros, hasta de los más destacados por su alta autoridad. Drama de Péguy, drama de Maritain, drama, sobre todo, de Bernanos, drama del cual trata la mayor parte del libro de Balthasar "*Le chrétien Bernanos*"; éste perfila bastante bien la posición de su héroe cuando le atribuye lo siguiente: "Lo que define el nivel espiritual de un cristiano es el nivel de escándalo que puede soportar en la Iglesia." (p. 300) Drama de Mauriac, a todo lo largo de su vida, pero que se manifiesta de vez en cuando, por ejemplo, en el magnífico librito "*La piedra de escándalo*". Drama de Michel Carrouges ("*Vie Spirituelle*", 1965, p. 698) y de tantos otros. Drama que volvió a tomar proporciones catastróficas cuando se produjo una de las rupturas más dolorosas de la Iglesia contemporánea: la guerra civil de España. Un gran número de intelectuales franceses, sin perder nada de su apoyo y adhesión a la Iglesia como tal, se encontraron en franca oposición pública contra una gran parte del episcopado. Nadie está obligado a aceptar la posición de ellos, y la presentamos aquí como un caso límite que envuelve en una unidad a veces muy sutil: amor a la Iglesia y resistencia a la jerarquía.

Es que el intelectual católico laico, sumergido en el mundo, sensible a todas sus conmociones, percibe con más facilidad el polvo humano que oscurece la cara de la Iglesia, mientras que sabe desenmascarar con más vigor y lucidez las motivaciones muy interesadas ocultas debajo de las consideraciones espirituales. Allí donde los sacerdotes y obispos denuncian malicia y "complot" diabólico para hacer la vida difícil al rebaño de Cristo, los laicos podrán ver y denunciar, a su vez, una sencilla reacción de defensa para la conservación de ciertos privilegios que no tienen nada de eternos.

Esta actitud que hemos reconocido al intelectual laico quizás sea una actitud típicamente francesa o del norte de Europa, difícil de entender para los del sur y América Latina. Una de las características de aquel catolicismo —diríamos de toda fe— en el norte es la de ser "crítica". Todo se somete a la crítica. La misma palabra de Dios, no para censurar a Dios, sino para censurar al hombre; para separar bien lo que es de Dios y lo que es del hombre. ¡Con cuánta más razón no se someterá a la crítica la palabra de los hombres, aunque estuviesen revestidos de autoridad! En estas condiciones no hay que extrañarse de que la religión misma, aceptada con todas sus exigencias, sea vivida como "problema" o, mejor, como "misterio"; que se vea en la fe cristiana no solamente la respuesta a grandes enigmas del mundo, sino como un lanzarse hacia adelante en el cual es esencial una inquietud incurable. Según E. Mounier, la fe tranquila y sin interrogantes no es adulta. En sí, no es ni mucho menos una idea nueva: toda la tradición cristiana, pasando por Pascal, Santo Tomás, San Agustín, afirma algo parecido. Lo nuevo es que ahora, entre los laicos católicos, hay una atención muy aguda al análisis práctico de las contradicciones en las cuales cada uno vive su fe.

Para captar mejor este fenómeno esencial al pensamiento católico francés y del norte de Europa, permítasenos compararlo al pensamiento español. Por

ejemplo, antes de la revolución de 1936, existía una vasta corriente de crítica que ponía en tela de juicio a la Iglesia a los valores cristianos en general; pero esta crítica provenía más bien de la zona "neutral", representada por hombres como Unamuno, Ortega y Gasset y otros de la misma tendencia. Después de la revolución la crítica quedó prohibida. De suerte que la literatura española, evolucionando entre las dos corrientes, no supo expresar sus inquietudes religiosas profundas con toda libertad. En la literatura verdaderamente católica, o sea, inspirada por valores cristianos, los problemas que se plantean son de tipo moral. Los personajes de novela o los autores se preguntan cómo llegar a ser lo que deben ser, pero no se preguntan mucho si el ideal del cristianismo que se les presenta en el catolicismo corriente corresponde al ideal del evangelio y a la situación nueva del hombre en un mundo transformado completamente. Dicho esto, hay que reconocer inmediatamente que aquí hablamos de las ideas vigentes en su conjunto. Siempre se podrá dar una que otra obra que no encaje en el marco general. Además, según un estudio hecho por un crítico francés, hace poco (I. C. I., 15-7-1965), las condiciones actuales —las de los últimos años— no son las mismas y se prepara rápidamente el terreno a la eclosión de otro tipo de literatura católica.

En la vanguardia

Este cristianismo inquieto, en perpetua evolución y adaptación, siempre prestó a la autocrítica y a la denuncia de sus propias ilusiones, va unido naturalmente a la preocupación de no dejarse distanciar de la vida, del mundo y de la Iglesia.

Generalmente, los intelectuales católicos laicos están más atentos a lo que "nace", "aparece", "surge" de la trama de la historia que a lo que está ya "conservado", bien "guardado", "establecido". No es que no haya intelectuales conservadores y reaccionarios, los hay; pero no reciben mucho apoyo y su influencia es muy reducida.

Las voces más escuchadas son las que alertan: las que señalan "los signos de los tiempos" o que perciben como tales. Ciertamente que no es de gran utilidad el intelectual que nos viene repitiendo que todo va bien y que no hay nada nuevo bajo el sol; o, al contrario, el que nos grita desesperadamente que el mundo está perdido y que no tiene posibilidad de redención. Al contrario, es verdaderamente útil el intelectual que, al igual que J. Maritain, trata de ser "una especie de zahorí (sourcier), pegando su oído a la tierra para oír el ruido de las fuentes ocultas y las germinaciones invisibles". (*Ecclesia*, N° 195, 1965, p. 41. Extracto de "*Carnet de notes*", 1964).

Quiéranlo o no, los intelectuales asumen el papel de la crítica y de la orientación de las ideas. Si se refugian en las ideas ya consagradas y establecidas, no cambiarán nunca nada y servirán a lo sumo de transmisores de los otros. Si están atentos a las novedades de su época, parecerán infaliblemente profetas o revolucionarios. Ahí es donde la mayoría quieren servir a su época y a la Iglesia.

El peligro de esta posición es obvio: el de lanzarse siempre tras lo novedoso, la moda pasajera. Hay intelectuales católicos casi siempre entre los epígonos, que cambiando su vocación en profesión, preocupados más de deslumbrar que buscar la verdad, tienen un miedo

terrible de no estar al día en todo. Tan pronto sale una nueva idea e institución, hay que rebasarla, ir más allá. Pero esos no son los que se merecen el nombre de intelectuales católicos auténticos. Y hay que ver cómo un poeta del valor de Pierre Emmanuel se burla ferozmente de estos autores cristianos que "no cuentan con sí mismos, sino con la próxima idea de vanguardia, para renovarse" (*La Iglesia y la libertad*, p. 248).

Sin embargo, reconociendo los límites de la búsqueda de lo nuevo, hay que reconocer a los intelectuales el derecho que se atribuyen de ser prospectores del porvenir. En la semana de los intelectuales católicos franceses de 1963 se dedicó una noche al asunto considerado como el más provechoso: "El porvenir de la Iglesia", y uno de los ponentes, Jean-Pierre Dubois-Dumée, notaba que, efectivamente, la reflexión del católico se orienta con más gusto hacia el pasado cuando debería existir una "prospectiva" religiosa. Los intelectuales laicos consideran que, conforme a su vocación particular y conforme a las vías abiertas por el Concilio Vaticano II, les toca a ellos trabajar en esa proyección.

Cabe aludir aquí a la presencia increíblemente dinámica del hombre más vuelto hacia el porvenir que la Iglesia haya conocido: el P. Teilhard de Chardin. Muchos laicos, sobre todo los de cierta edad, se han opuesto enérgicamente a su sistema, pero los más reuñentes no pueden dejar de ver que él llamó poderosamente la atención sobre la obligación para el pensamiento católico no sólo de mirar hacia lo alto, sino de mirar hacia adelante y "probarlo todo por Cristo".

Es competencia de todos los cristianos, pero específicamente de los intelectuales laicos, el hacer un esfuerzo por "dejarse llevar por la creación, a ser, más osados, más libres", tal como se afirmaba hace pocos años. (G. Hourdin, *I.C.I.*, 1-3-63, p. 3)

El mensaje evangélico espera nuevas encarnaciones en los asuntos profanos que los laicos pueden idear mejor que los clérigos.

Aquí no hacemos un llamado, constatamos que así es.

La búsqueda del acuerdo entre lo nuevo y lo permanente no es tarea fácil. El que toma este compromiso se encontrará fatalmente engarzado en la lucha y (sin quererlo a veces) en la vanguardia, donde se puede atacar, pero también donde se reciben los golpes más duros.

Es otra gloria de los intelectuales católicos laicos la de estar casi siempre en la primera línea de fuego; a veces, desgraciadamente, los unos contra los otros, pero sin miedo al peligro. Sería una letanía monótona recordar todos los nombres de intelectuales ligados a una u otra crisis, grande o pequeña.

En las cuestiones sociales los laicos se han comprometido y siguen comprometiéndose muchísimo más que los clérigos. Como jalones, entre centenares, recordemos al Sillon, a la Acción Francesa; la crisis del comunismo un poco antes de la segunda guerra mundial; la guerra civil de España; la segunda guerra mundial. No hay poeta, filósofo o novelista católico que no haya entrado, a su manera, en el conflicto, muchas veces arriesgando su vida al igual que el soldado. Luego, la restauración; la guerra de Indochina; de Argelia; los sacerdotes en el mundo del trabajo; y aho-

ra los cambios tan rápidos que afectan a la Iglesia son otros tantos ámbitos en que intervienen sin descanso los intelectuales laicos. Ya nos hemos referido a las reformas litúrgicas; en pro o en contra, pero todo intelectual laico quiere dar su parecer. Otro campo de batalla: el arte sagrado. Desde que Maurice Denis y Auguste Perret (1920) y Georges Rouault, entre las dos guerras, empezaron a purificar y modernizar el arte de las iglesias, no pasa un año sin que una construcción, una capilla o quizás una pequeña estatua no sea motivo para los intelectuales de tomar posición y exponerse a las represalias de la opinión pública.

Estos pocos ejemplos que se podrían multiplicar indefinidamente confirman lo que decimos más arriba: del intelectual católico laico se espera orientación; y necesitamos orientación muy particularmente en los momentos de crisis, cuando las encrucijadas están perdidas en la neblina.

En varias oportunidades la jerarquía, quien tiene la última palabra, tuvo que intervenir; pero la intervención oficial se hizo en tal o cual sentido, precisamente porque los laicos habían abierto el camino. Ejemplo típico: el arte sagrado. Si el arte sagrado se ha renovado en varios países, y si se está renovando en otros, se debe, en la mayoría de los casos, a la perseverancia y a las luchas tenaces de algunos artistas laicos contra la rutina y la ignorancia de muchos clérigos en materia de arte.

Vida interior

Último denominador común entre la mayoría de los intelectuales católicos laicos es el de su vida interior. La larga colección de hechos que hemos enumerado en nuestros artículos anteriores giran casi todos alrededor de los puntos básicos de la vida cristiana profunda: deseo de encarnar lo sobrenatural, vivir intensamente los sacramentos, muy particularmente el de la Eucaristía; interés en la oración y la búsqueda de la santidad; verdadero espíritu eclesial, amor profundo a la Iglesia, a pesar de todas sus debilidades.

Todo esto comprueba que los intelectuales católicos laicos, en su conjunto, tenían sumo cuidado de su vida interior entendida en una forma integral; vida de interiorización del evangelio, de progreso en la gracia. Casi todos los grandes escritores tenían su director espiritual, escogido entre cien, y con el cual se comportaban con una sencillez y una fe sorprendentes.

Al lado de la historia de los intelectuales laicos se podría escribir una historia apasionante de los sacerdotes o directores espirituales que les acompañaban en su vida espiritual. Hay en esta colaboración del intelectual de envergadura y el sacerdote intelectualmente inferior a su dirigido, pero que es hombre de Dios y entregado a su vocación, un gran misterio que llena de admiración.

Esta unanimidad entre los intelectuales católicos laicos no debe sorprender. Como lo escribió un científico a la vez que filósofo: "Para actuar sobre el mundo bajo la influencia de la Iglesia Católica era preciso, primero, un conocimiento profundizado de la doctrina católica y una profunda formación de vida espiritual." (Jean Daujat, "Ecclesia", N° 172, 1963, p. 119).

(Continuará en el próximo número.)